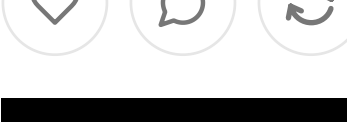


Cuando el fútbol conquistó el mundo

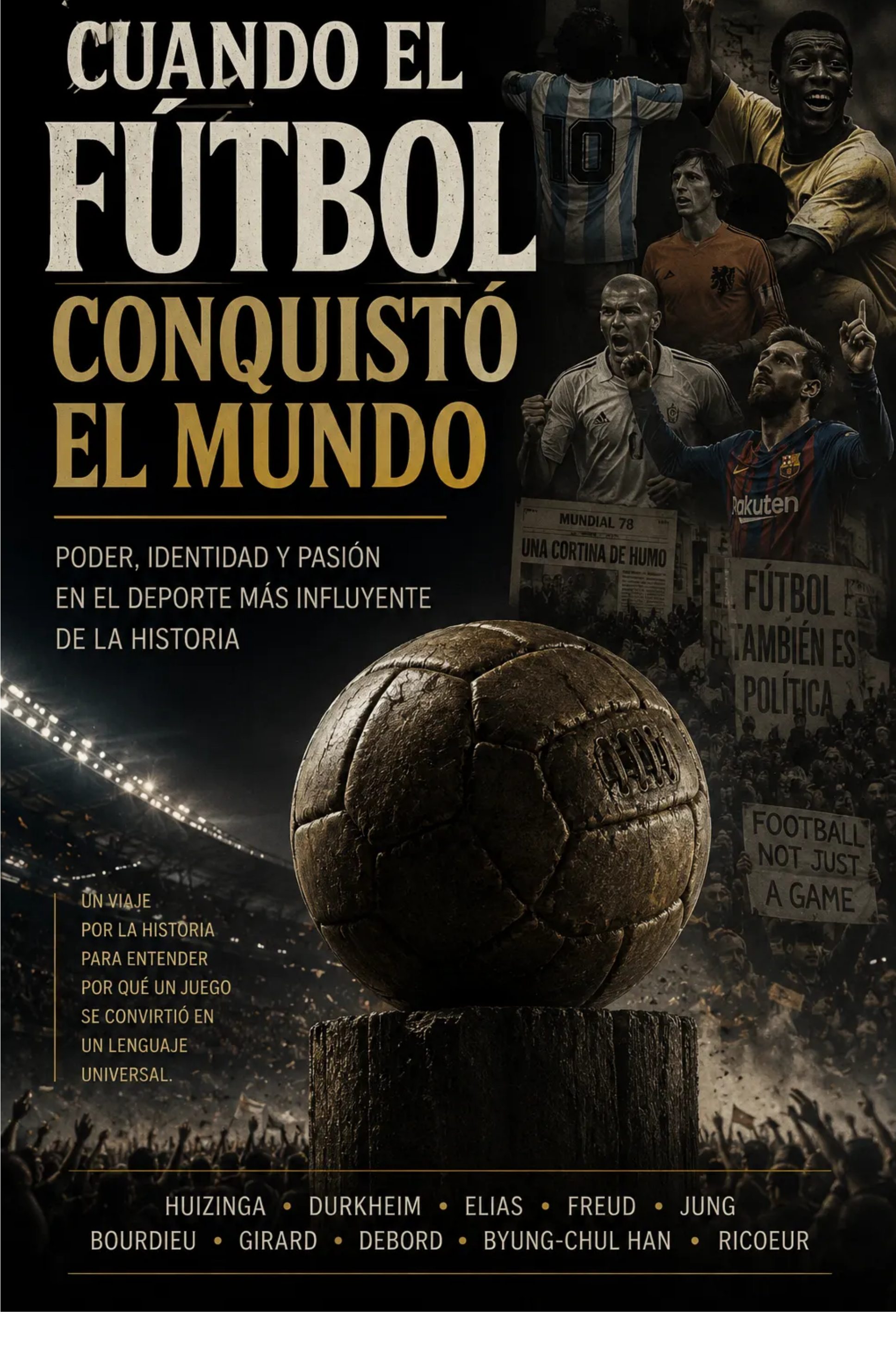
Poder, identidad y pasión en el deporte más influyente de la historia



MARTIN STUTZ LUCCA
JUL 19, 2026



Compartir



Almería. 19 de julio.- Ningún pueblo se define únicamente por las leyes que aprueba o los gobiernos que elige. También se reconoce en sus símbolos, en sus mitos, en sus héroes y en los rituales que comparte. Desde esa perspectiva, el fútbol constituye uno de los fenómenos históricos más extraordinarios de la Edad Contemporánea.

Como historiador y argentino que desde hace años vive en España, esa idea ha ido creciendo con el tiempo. La distancia permite observar con otros ojos aquello que antes parecía natural. Descubrí que, pese a las diferencias culturales entre ambos países, había una emoción compartida que escapaba a cualquier frontera. Cambiaban las banderas, los cánticos y los ídolos, pero permanecía intacta la necesidad de reunirse alrededor de un balón. Aquello me llevó a una pregunta que va mucho más allá del deporte: ¿qué encontró la humanidad en el fútbol para convertirlo en un lenguaje universal?

Escribe tu correo electrónico...

Suscribirse

La respuesta comienza en la Inglaterra victoriana. En 1863, mientras la Revolución Industrial transformaba el mundo, un grupo de clubes decidió unificar las reglas de un juego que hasta entonces se practicaba de formas muy diversas. Nadie podía imaginar que aquel reglamento acabaría viajando por todos los continentes. El Imperio británico exportó el fútbol, pero fueron los pueblos quienes lo hicieron suyo. En Buenos Aires, Montevideo, Barcelona o Nápoles dejó de ser un entretenimiento inglés para convertirse en una expresión de identidad popular.

Johan Huizinga comprendió antes que nadie que el juego no es una actividad secundaria, sino uno de los fundamentos de la cultura. En Homo Ludens sostuvo que el ser humano crea civilización también jugando. Roger Caillois añadió que los juegos reflejan la estructura de las sociedades que los practican. El fútbol heredó el orden y la disciplina de la Inglaterra industrial, pero terminó adaptándose a realidades muy distintas porque respondía a necesidades mucho más profundas que el simple entretenimiento.

La sociología ofrece una explicación reveladora. Émile Durkheim describió la efervescencia colectiva, ese instante en el que miles de personas dejan de sentirse individuos aislados para experimentar una emoción común. Un estadio lleno reproduce ese fenómeno con una intensidad difícil de encontrar en otros espacios de la vida contemporánea. Norbert Elias, por su parte, vio en el deporte una forma de domesticar la violencia mediante reglas compartidas, mientras Pierre Bourdieu, a su vez, recordó que los clubes representan mucho más que resultados deportivos: expresan barrios, clases sociales, memorias familiares y formas de pertenencia.

La psicología llega a conclusiones similares. Freud explicó que las comunidades proyectan sobre determinadas figuras sus deseos y frustraciones. Jung interpretó a los héroes como arquetipos que condensan aspiraciones colectivas. Henri Tajfel demostró que una parte esencial de nuestra identidad depende de los grupos con los que nos identificamos. Tal vez por eso Maradona, Pelé, Cruyff o Messi trascienden el deporte. Cada uno encarna una historia nacional, una forma de entender el éxito y, en cierto modo, una esperanza compartida.

Precisamente porque despierta semejantes emociones, el fútbol nunca permaneció al margen del poder. Antonio Gramsci entendió que toda hegemonía necesita conquistar también el terreno cultural. Mussolini utilizó el Mundial de 1934 para exaltar el fascismo; la dictadura de Jorge Rafael Videla convirtió el campeonato de 1978 en un escaparate internacional mientras continuaba la represión y las desapariciones forzadas. Sería ingenuo pensar que esa relación terminó con las dictaduras. En las democracias actuales, los grandes acontecimientos deportivos siguen ofreciendo a los dirigentes una poderosa imagen de unidad nacional. No significa que el fútbol sea una conspiración política, sino que todo aquello que moviliza millones de emociones termina siendo relevante para el poder.

El mercado comprendió muy pronto esa misma realidad. Guy Debord advirtió que el espectáculo se convertiría en una de las formas dominantes del capitalismo contemporáneo. Byung-Chul Han describió después una sociedad capaz de mercantilizar incluso los sentimientos. El fútbol moderno refleja ambas intuiciones. Los clubes se transformaron en marcas globales, los derechos audiovisuales alcanzaron cifras desorbitadas y la corrupción que afectó durante años a la FIFA mostró hasta qué punto la pasión colectiva puede convivir con enormes intereses económicos.

Sería un error, sin embargo, reducir el fútbol a un instrumento político o a un negocio. Eduardo Galeano recordaba que este deporte vive permanentemente entre la belleza y la miseria. En un mismo escenario conviven la inocencia de un niño que improvisa una portería en un descampado y los contratos multimillonarios de la élite; el abrazo espontáneo entre desconocidos y las estrategias de quienes intentan convertir esa emoción en propaganda o en beneficio económico.

Quizá por eso el fútbol ha sobrevivido a imperios, guerras, dictaduras, crisis económicas y revoluciones tecnológicas. Mientras tantas instituciones perdían capacidad para generar un sentimiento de pertenencia, este viejo juego siguió ofreciendo algo que las sociedades contemporáneas necesitan desesperadamente: un relato compartido. Paul Ricoeur escribió que los seres humanos comprendemos nuestra existencia mediante narraciones. El fútbol lleva más de un siglo proporcionándonos algunas de las más poderosas.

Dentro de varios siglos, cuando otros historiadores intenten comprender quiénes fuimos, probablemente estudiarán nuestros sistemas políticos, nuestros avances científicos y nuestras guerras. Pero sospecho que también tendrán que entrar en un estadio y escuchar el silencio que precede al comienzo de una final. Solo entonces comprenderán que el fútbol nunca fue únicamente un deporte, sino una forma de explicar la condición humana.

Compartir

Bibliografía

- Bourdieu, Pierre. Sociología y cultura.
- Caillois, Roger. Los juegos y los hombres.
- Debord, Guy. La sociedad del espectáculo.
- Durkheim, Émile. Las formas elementales de la vida religiosa.
- Elias, Norbert y Dunning, Eric. Deporte y ocio en el proceso de la civilización.
- Freud, Sigmund. Psicología de las masas y análisis del yo.
- Galeano, Eduardo. El fútbol a sol y sombra.
- Gramsci, Antonio. Cuadernos de la cárcel.
- Hobsbawm, Eric. Naciones y nacionalismo desde 1780.
- Huizinga, Johan. Homo Ludens.
- Jung, Carl Gustav. El hombre y sus símbolos.
- Ricoeur, Paul. Sí mismo como otro.
- Tajfel, Henri. Human Groups and Social Categories.
- Byung-Chul Han. La sociedad del cansancio.

Suscríbete a El Substack de Martín

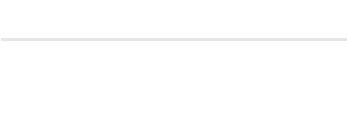
Por Martin Stutz Lucca - Launched a month ago

Mi Substack personal

Escribe tu correo electróni

Suscribirse

Al suscribirte, aceptas los [Términos de uso](#) de Substack y reconoces su [Aviso de recopilación de información](#) y su [Política de privacidad](#).



Compartir

Discusión sobre este post

Comentarios

Restacks



Escribe un comentario...

Lo mejor de

Último



Siglos de opresión, noventa minutos de libertad

Cinco siglos de historia entre España y Argentina. Una final que es mucho más que un partido.

JUL 16 • MARTIN STUTZ LUCCA

Mojácar o la extraña sensación de volver siempre a casa

Más de tres mil años de historia en un pueblo que aprendió a sobrevivir sin perder su alma

JUL 14 • MARTIN STUTZ LUCCA

Las banderas y la memoria de los pueblos

Historia, identidad y poder detrás de los símbolos que emocionan a millones de personas

JUL 21 • MARTIN STUTZ LUCCA

Ver todo

>

Por supuesto, sigue adelante.

Escribe tu correo electrónico...

Suscribirse